

TRES CUERDAS**Pdo: OTOGLEN**

El catorce de octubre de mil trescientos cuarenta y ocho arribó a las costas francesas de Le Havre un barco fantasma cargado de lana y con toda la tripulación muerta. Al menos eso fue lo que apareció en los informes. En cubierta estaban los blancos. Abajo, en galerías, los negros que se encargaban de remar. Monsieur Pomponne no tuvo necesidad de sangrar a nadie para extraerle los malos “humores” sino que se limitó a arrugar mucho la nariz, a echarse atrás con un asco más que evidente y a certificar que les había asaltado la peste y no quedaba más remedio que prender a fuego el cascarón para evitar la propagación de la enfermedad.

Abajo, *cigarrillo de chocolate*, pensaba a toda velocidad. La lana tardaría exactamente cuatro segundos en explotar en una nube de fuego y él todavía tenía muchas cosas por hacer. No era posible que le hubiera sonreído la suerte para terminar pereciendo entre gritos de dolor. Las ratas le habían incrustado sus dientes pero por alguna extraña razón, no había enfermado. Había visto como los demás se retorcían entre fiebres y supuraciones y había humedecido los labios con agua hasta que se le agotó la última gota. Había curado con salitre las heridas de los grilletos en los tobillos y ya sabía como engañar al estómago para que no protestara ante la falta de un plato de agua manchada, sin mendrugo de pan, sin patatas y sin una pizca de grasa.

Cigarrillo de chocolate estaba agazapado en un rincón del sótano segundo, a ras del agua. Pensó que tal vez pudiera escapar a nado, aunque no sabía a cuantas millas quedaba la costa. De lo que sí estaba seguro era de no tener fuerzas para mover los brazos pues le pesaban como si estuvieran fabricados de hormigón. Rezó por la que creyó última vez al dios Agoyo que había visto alguna vez en la cabaña del brujo principal en su natal tierra guineana. No tenía qué ofrecer en sacrificio para hacer la consulta sobre si le perdonaba la vida o el oráculo le negaba sus favores, pero suplicó igual al sapo adornado con un tocado de serpientes y lagartos enroscados sobre una vasija que hacía las veces de pedestal. Cuando alzó los ojos, se encontró con los de una dama que lo miraba con la boca muy abierta. Enseguida se puso los dedos sobre los labios para hacerlo callar. Le dijo que se llamaba Bettina y que iba a ayudarlo. Que lo iba a meter dentro de un saco con lana y daría instrucciones a sus portadores para que lo bajaran a la carraca familiar. Por un momento la joven dudó si *cigarrillo de chocolate* lo había entendido. Ella hablaba un perfecto francés y el negro quizá no supiera más que alguno de los dialectos de la tribu natal, pues una vez los apresaban como esclavos, olvidaban incluso el poder de la palabra hablada y la comunicación. Sin embargo el brillo de esperanza en los ojitos blancos de *cigarrillo de chocolate* indicaba que sí había vida debajo de ese manto oscuro de piel negra.

Mademoiselle Bettina siempre había sido muy caprichosa y aunque no era demasiado aconsejable sacar nada que hubiera estado expuesto a la peste, la calidad de las lanas era tan exquisita que dijo no podía resistirse. Que si era menester, la sometería al sereno durante veinte días, que podía aplicar los conocimientos de Monsieur Ambroise, que decía que si se sumergían los productos de dudosa reputación en vino blanco, dejaban de ser tan peligrosos como se suponía. Mademoiselle Bettina sabía que su señor esposo, tan ocupado en asuntos de estado, no se preocuparía si se sacaban de sus bodegas vino suficiente para llenar una cuba donde tratar adecuadamente la lana. Después la tejerían en preciosos jubones, mantones y corpiños, vestidos de invierno y calcetines gruesos para combatir el frío.

Con todo aquello, el plan parecía funcionar. Mademoiselle Bettina no perdía de vista el fardo donde viajaba el negro. El resto de paquetes le importaban bastante menos. Y cuando estuvieron a una distancia prudencial, el jefe de los arcabuceros dio la orden y la flecha prendida salió despedida en dirección al barco, que desapareció en medio de una enorme lengua de fuego. Solo quedaron flotando las cenizas, que agitadas por las aguas bravas, apenas se pudieron ver unos segundos.

Lo que sí llegó a las calles de Paris fue el miedo. A pesar de que el tránsito de carruajes era escaso, las noticias sobre el carguero que había aparecido para turbar la paz de los habitantes como si fuera un fantasma capaz de hurgar debajo de la piel y sobre las conciencias, -acuciándolas hacia la desconfianza- que llegara a las costas francesas la peste, asustaba mucho. Demasiado. Volvía a cundir la suspicacia hacia la raza negra, inferior, como causante de todas las desgracias del mundo.

Mademoiselle Bettina disponía de espacio suficiente en el ala de palacio reservada para las mujeres. Sus ayudantes de cámara habían sido elegidas entre muchas candidatas y entre otras características, eran mudas. De sus bocas no podía salir un solo chisme y si por cualquier capricho se aventuraban a escapar, nunca llegaban demasiado lejos. Cuando Mademoiselle Bettina les ordenó meter a *cigarrillo de chocolate* en una tina y frotarle la piel hasta arrancarle la última mota de porquería, la orden fue recibida con miedo. Sin embargo, cada una pensó que podía ser ella, que la señora no era mala con ellas y que había mostrado más humanidad que cualquiera de palacio, por lo que cumplieron el encargo con el mismo esmero que si se tratara de la mismísima Mademoiselle. Una vez limpio, le vistieron con ropas femeninas y le proveyeron de un turbante sobre la cara para evitar ser descubierto. Solo después Mademoiselle Bettina lo llamó para hablar con él. Quería saber de dónde venía, qué había ocurrido, si eran ciertos los síntomas que contaban de la peste y si deseaba seguir vivo. *Cigarrillo de chocolate* dijo que eso era un mote, que en realidad se llamaba Sule que significa aventurero. Que lo habían arrancado

de brazos de su madre cuando apenas empezaba a tenerse en pie. Le contó que pertenecía a una tribu mandinga y que allá habría sido feliz cantando bajo el árbol sagrado o cazando con los varones. Mademoiselle Bettina le enseñó un libro. Le dijo si le gustaría aprender a leer y *cigarrillo de chocolate* no pudo por menos que derramar las primeras lágrimas de felicidad. Por supuesto que le gustaba. Había visto al gran jefe consultar los oráculos y hacer marcas en el suelo y se había dicho que algún día él también sería capaz de entender el significado. Y durante la travesía por el océano, había escuchado al capitán y al conremaestre hablar de cómo manejar el timonel para virar el rumbo del barco, de cómo buscaban la posición de las constelaciones para orientarse en la ruta correcta. Sus camarotes quedaban casi justo encima de su bancaza y mientras remaba no tenía otra cosa con la que entretenerse más que con la memorización de las conversaciones ajenas. No se sentía como un ladrón sino como un alumno aplicado que guardaba las enseñanzas en la memoria por si algún día le resultaban de utilidad.

La primera clase consistió en aprender las vocales y poco a poco a distinguir el resto del abecedario. *Cigarrillo de chocolate* estaba nervioso porque nunca antes había permanecido ocioso durante más de un minuto. Sin embargo, esa dama parecía no querer que hiciera nada más allá que entretenerla. *Cigarrillo de chocolate* no imaginaba que a la dama le gustaba, que pensaba en él como un posible candidato al que amar de verdad. Que aunque aquello podía ser considerado una aberración y no entraba dentro de los límites de la decencia, su corazón dictaba algo muy diferente a la razón y estaba obnubilada. Cuanto más sabía Mademoiselle Bettina sobre las dificultades de la raza negra en el mundo, más parecía crecer su afecto.

Apenas habían trascurrido algunas semanas cuando empezó a llegar el aire emponzoñado. Los doctores no paraban de tener avisos de fiebres y las ratas campaban a sus anchas saliendo de los escondrijos con los primeros calores de la primavera. El rumor del castigo divino era ya más que evidente. El miedo a lo desconocido, a esa fuerza suprema que visitaba las calles de Paris revestida como la señora de la guadaña provocó más de una revuelta entre clases altas y el servicio. Desde las ventanas de palacio Mademoiselle Bettine veía con indignación como se alzaban los puños, rodaban las manzanas de los cestos y volcaban los carros que llegaban de las huertas con las verduras ante la más mínima sospecha de que bajo los refajos se escondieran los bubones que iban a matarlos a todos. Se atrancaban puertas y ventanas y ni siquiera los niños tenían permiso para salir a dar patadas a las piedras y trepar por las ramas de los árboles. La peste era así, silenciosa y anodina. No distinguía entre blancos y negros.

En pocos días los cadáveres se amontonaban ya sobre la calzada y las ratas disfrutaban del festín, tras el cual se arreglaban los bigotes y se lavaban los morros con cuatro friegas de las patas contra las comisuras.

Mademoiselle Bettine empezó con las fiebres de forma súbita. *Cigarrillo de chocolate* no tuvo miedo de cuidarla. Le apartó las ropas y le pasaba las manos calientes para mantener su temperatura. Le lavaba las heridas e incluso la obligaba a ingerir agua, tal y como había hecho con sus compañeros en el barco. Probó a darle sales de frutas, sopas calientes que cocinaba en los fogones y corría con sus sayas mal puestas para atender a todos los enfermos del castillo. Incluso se armó de valor para adentrarse en los aposentos del señor, que entre delirios no paraba de llamar a su queridísima Bettine.

Al cabo de varios días (Sule había perdido la cuenta) había dos grupos, los de los supervivientes y los que habían fallecido. Mademoiselle Bettine apenas podía tenerse en pie. Ni siquiera derramó una lágrima al ver que su esposo no había sobrevivido. El número de bajas era considerable y, aunque le costaba hablar, algo en sus ojos indicaba el enorme agradecimiento. Habían sido muchos los sirvientes que se habían escapado a las afueras de la ciudad antes de que la enfermedad se cebara en sus carnes, dejando a los señores abandonados a su suerte.

Cigarrillo de chocolate era más negro que la noche y aún así, se había quedado. Había tenido la posibilidad de ser libre y había elegido quedarse para cuidar a su señora. Había caminado hasta el barrio judío para pedir ayuda a uno de los mejores doctores que se conocían cerca del Sena. Tampoco había escatimado para hablar con los musulmanes que rezaban a Alá cinco veces al día implorando clemencia. Ni siquiera había olvidado que había miles de dioses indios que tal vez tuvieran los oídos prestos para escuchar. En su tribu africana tanto daba a qué Dios elevaban sus plegarias, con tal de que fueran recibidas. Y vaya si las habían escuchado porque Mademoiselle Bettine había dejado ya uno de los bastones y empezaba a recuperar el color con un suave bronceado del sol de junio.

-Te llamaré Sule. Creo que ya es hora de que dejes atrás ese horrible apodo que te discrimina. ¿Te parece bien?

Sule no podía creérselo. Sule. Aventurero. Desde luego que aquello sí era una aventura hacia la vida. Y ya vestido de varón, miraba a los otros negros que porteaban pesados fardos sobre sus hombros con la mirada tan triste que parecían muertos vivientes y no podía por menos que sentir una pena infinita. A veces se colocaba delante del agua de la fuente para ver el reflejo oscuro que le devolvía su imagen, como si de un espejo se tratara. Pensaba que solo era eso, un color diferente. Que podía haber ocurrido al revés, que su piel hubiera sido blanca y la de Mademoiselle Bettine tan oscura como la noche. Pensaba que por dentro, lo que cada uno sentía no tenía nada que ver con colores.

Pasadas unas semanas de luto, París empezó a recomponerse. Aunque todas las casas habían menguado, los vivos parecían mirar con ojos esperanzados hacia el futuro. Los cafés

volvieron a abrir sus puertas. En los casinos se leían las noticias de cómo afectaba la peste en el resto de países europeos. Los caballeros hacían tratos para invertir en la ruta de la seda y apostaban por productos novedosos como el carbón pues acababan de descubrir que al quemarlo producía calor y querían sumarse al negocio londinense que lo transportaba por mar con objeto de ponerlo a la venta entre las clases acomodadas. También volvieron a adornarse las calles con flores dispuestas a abrir los capullos y las librerías renovaban las pequeñas publicaciones que eran leídas por unos pocos afortunados.

El día que Sule, el negro entró a comprar un libro para Mademoiselle Bettine, no fue bien recibido. El dependiente le increpó que quitara sus manos sucias de los estantes pues un negro no podía sino ensuciar las páginas. Sule estaba acostumbrado a los insultos. Lo miró calibrando si tendría entendederas para comprender igualdades y diferencias. Se tragó toda la rabia. Y como mejor supo, preguntó:

-Disculpe caballero, ¿tienen algún ejemplar de “Los forajidos del pantano” de Suhihu Zhuan? ¿Y “El libro del caballero Zifar” de Ferrand Martinez? Como no los he visto entre sus novedades y estaba muy interesado en leerlos enseguida, lamento tener que preguntar en otra parte. *(libros siglo XIV)**

El dependiente se atragantó con su saliva antes de decir:

-¡Espera! ¿Es posible que sepas leer?

A lo que Sule, el negro respondió tranquilamente:

-Naturalmente caballero. Que sea negro no quiere decir que sea tonto. Si usted no sabe y desea aprender, no tendría inconveniente en instruirle hasta donde alcancen mis conocimientos. Y si algo no sé, seguro que está en cualquiera de estos libros.

Aunque para Sule aquello no formaba parte más que de un encargo, sin saberlo, empezó a ganarse el respeto de los demás. La noticia corrió como la pólvora entre los caballeros mientras paladeaban los caldos extraídos de las vides y que sin encontrar explicación, les soltaba la lengua y los ponía de mejor humor. Decían que si el difunto señor Pandour no hubiera fallecido, mademoiselle Bettine no se habría vuelto tan osada. La señalaban con el dedo como subversiva pues “adonde se iría a parar si los criados tenían tantos privilegios como los señores”. Incluso las damas la dejaban sola en el banco de misa, no fuera a ser cosa que también se contagiara esa ligereza de cascos.

A mademoiselle Bettine no le importaba en absoluto las murmuraciones. Desde siempre había hecho lo que le venía en gana e incluso su señor padre, el barón Konstantin Hédervári la había educado en el arte de la música y escritura pero también en la del libre pensamiento. Allá por las tierras húngaras de las que procedía su cuna el respeto se ganaba independientemente del

color de la piel. Y mademoiselle Bettine estaba empeñada en que algo tan simple calara en las cerradas seseras de la noble sociedad parisina, aunque para ello tuviera que emplear toda su vida.

Si al principio no se hablaba de otra cosa, conforme las damas vieron que Sule no era una amenaza e incluso era más servicial que los propios sirvientes que respondían torpemente por el temor de equivocarse, empezaron a plantear sus dudas. ¿Acaso no le funcionaban mejor los métodos a mademoiselle Bettine? ¿No deberían hablar con ella para que les explicara como hacía para que la atendieran tan prontamente? ¿Utilizaba alguna pócima del doctor Pomponne para amansarle el carácter? ¿Cómo era posible que no le diera asco tener cerca de un tipo tan negro?

Mademoiselle Bettine rió a gusto. Si las damas hubieran sabido interpretar ese gesto tan espontáneo, se habrían recogido los bajos de los vestidos para escapar más deprisa de las burlas, pero como deseaban saber, aguardaron más tiesas que palos de escoba. Era imposible que sólo porque la hubiera cuidado durante la plaga de peste que había assolado París, destilara ese amor incondicionado a una raza evidentemente inferior a ojos vista. Al menos ellas eso pensaban. Y ellos eso decían. Que desde luego *cigarrillo de chocolate* no podía traer nada bueno.

A pesar de todo, el dependiente de la librería Mazarina acudió a su primera clase. Se sentaba con el negro a varios metros de los Campos Eliseos a practicar el arte de la escritura. Agarraba con fuerza la pluma de ave y procuraba no echar borrones de tinta. A cierta distancia estaban los curiosos que no acababan de entender porque un blanco tomaba lecciones de un negro y si éste último de verdad tenía algo que enseñar. Sule los invitaba a acercarse y al cabo de unos días ya tenía un grupo de alumnos tomando sus lecciones. Solían tener los bártulos preparados para dispersarse corriendo si aparecían los agentes del orden pues todos jugaban con lo que parecía prohibido, aunque solo se tratara de leer.

Mademoiselle Bettine pensó que aquello podía ser el principio de algo que perdurara por los siglos en la memoria de los parisinos. Habilitó una sala de palacio con varios bancos de madera y aguardó acontecimientos. Tímidamente, uno a uno apoyaban sus posaderas y aguardaban la siguiente lección. Llegaban niños descalzos, niñas con turbantes. Algunos ayunaban en el Ramadán, otros celebraban la fiesta del comienzo del año judío o la fiesta del perdón y la mayoría seguía las doctrinas cristianas más propias de aquella época. A ella le gustaba ver como su discípulo transmitía lo que había le había enseñado, pues aún creía que sería peor visto que fuera ella quien se dedicara a las tareas de enseñanza. Sin embargo Sule parecía disfrutar con aquello. Hablaba menos. A menudo traía bajo el brazo libros que una vez leídos pasaban a formar parte de la extensa biblioteca de palacio.

Una tarde Sule estaba más pensativo que de costumbre y mademoiselle Bettine no pudo por menos que preguntar:

-¿Se puede saber qué te ocurre? Me preocupa verte tan taciturno.

-¿Será cierto que en que pasen diez años tendré que regresar al mar? ¿Qué ese es el favor que nos concederán los dioses?

En vez de responder a mademoiselle Bettine, le lanzó un par de preguntas que la sumieron en un caos de incertidumbre. La dama no pudo por menos que recordar aquella leyenda de mar que había leído siendo niña. Aquellos dos amantes sólo disponían de unos instantes cada diez años para confesarse su amor, pues según decían, eran tan diferentes que su relación estaba condenada al fracaso. Cada decenio volvían a tener una oportunidad breve en la que volvían a jurarse fidelidad. ¿Les ocurriría a ellos lo mismo? ¿Eso era lo que había tratado de transmitirle Sule?

Mademoiselle Bettine empezó a dormir mal y a sufrir pesadillas. El doctor Pomponne veía como se le apagaba el brillo de los ojos y como se le entraban las carnes. Probó sus sanguijuelas para que le chuparan los venenos que la consumían, le recetó aceite de ricino y como nada parecía apaciguar su ánimo, le dijo con la mayor sutileza del mundo si la culpa no sería de *cigarrillo de chocolate*. Todos le llamaban así pues Sule les parecía demasiado familiar para dirigirse a un negro. Mademoiselle Bettine alzó la vista hacia el galeno, dispuesta bien a contradecirlo o a darle razón. El doctor no supo bien qué decir.

Lo que de verdad atormentaba a mademoiselle Bettine eran los centenares de muertos que habían amontonado en las catacumbas de París y entre los que estaba su querido esposo. La fosa común llegaba casi hasta las puertas del castillo y, aunque intentó silenciar a los obreros, fue en ese periodo de obras para ampliar el puente cuando a la dama se le quebró el ánimo.

Sule eran incapaz de arrancar esa sonrisa que en otros tiempos le había resultado fácil. Le hablaba de cómo eran los amaneceres en Guinea, de cómo las madres traían a los hijos sin perder el paso, de cómo fabricaban flechas para cazar animales para echar a los pucheros y de cómo bailaban para espantar a los fantasmas de la cabeza. Le propuso a mademoiselle Bettine que probara, aunque solo fuera una vez, pero la dama estaba demasiado afectada para intentarlo. Dijo que había sido demasiado ingenua. Que no podía nadar contra corriente. Que había invertido demasiada energía en luchar por una causa perdida pues por más que en su corazón sonara música de cascabeles, la razón le dictaba cumplir las normas de la pureza de sangre. ¿Qué podría ser de una descendencia mestiza? Peor todavía ¿Cómo engendrar una criatura tan negra como el carbón?

Un día a media mañana mademoiselle Bettine se asomó a la ventana al escuchar el alborozo de los niños durante sus juegos. Tras los visillos le pareció adivinar como una niña judía cogía de la mano a un niño moro. Durante un instante trató de recuperarse de la sorpresa. Pero enseguida vio que una niña de piel tan oscura como la de Sule jugaba con la misma tierra que otra de piel tan blanca como la suya. ¿Significaba eso el principio del cambio? ¿Era posible convivir en el mismo patio sin peleas? No le quedó más remedio que responderse afirmativamente.

Con la llegada de los vientos otoñales, los árboles de las avenidas parisinas fueron desnudándose de sus hojas. Mademoiselle Bettine volvió a sus caprichos y dijo querer ver el mar pues según decían los diarios, las olas eran dignas de admirar y las aguas picadas venteaban el olor a sal que tanto beneficio decía el doctor Pomponne iba a obrar sobre su salud. Mademoiselle Bettine tenía un presentimiento cada vez más intenso. Iba a llegar un barco a las costas de Le Havre con el mismo halo de misterio que el que había traído a *cigarrillo de chocolate*. Algunos dirían que todavía estaba la comida caliente en los platos de la tripulación pero que tras un rastreo intensivo, ningún tripulante viajaba en el acorazado. Otros se remontarían a años atrás, cuando llegó la peste y las almas ardieron en los nobles fuegos del purgatorio. Solo mademoiselle Bettine y Sule sabían lo que estaba a punto de suceder. Disponían de unos escasos momentos para despedirse. Ninguno de los dos dudó en prolongar un apasionado beso con el que sellar la unión de dos razas y culturas mucho más allá de los convencionalismos. Desde entonces, circulan leyendas de lo más dispares pero lo cierto, lo único realmente cierto fue que en aquellas calles de París donde siglos más tarde llegaría el café negro de las américas, ya se había empezado a tomar con leche, dándole ese aspecto descafeinado tan propio de la mezcla de sangres que aclaraban unas pieles y tostaban otras hasta darles el color del mestizaje.

Si el mar quiso acallar los rumores, le salió mal la jugada, porque llevó con sus aguas embravecidas uniones igual de dispares hasta todas las partes del planeta. *Cigarrillo de chocolate* era difícil de domar pues por más que todos intentaron mandarlo al fondo del océano, él flotaba por la superficie recordando que revolver el poso no servía sino para mantenerlo a flote y que por más que lo lavaran con lejía, su piel seguía más negra que la noche. La música del tontingo al tañer las tres cuerdas se elevaba por los aires mientras Sule golpeaba el tambor parlante proclamando su victoria en la lengua de los blancos.